

SUJ - MOPE
CATEDRA PABLO LATAPÍ SARRE
2ª SESIÓN: LOS VALORES SON EL CORAZON DE LA EDUCACIÓN
AGOSTO 22, 2011 UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA

“Pablo Latapí y los asuntos pendientes de valores en la educación mexicana.”
Intervención en el Panel vespertino

Miguel Bazdresch Parada

Agradezco a los organizadores la amable invitación para intervenir en esta sesión de la Cátedra Latapí, cuyo tema de este año es los valores en la educación.

Don Pablo se ocupó repetidamente del tema en diversas maneras, más cuando el gobierno mexicano decidió reimplantar la enseñanza del civismo a través de un área de “formación cívica y ética”. De entre los diversos escritos de Latapí quiero traer a la memoria dos de ellos: Uno la conferencia magistral pronunciada con ocasión del Congreso de Investigación Educativa del año 2001ⁱ y la conferencia dictada en la Cátedra Fin de Milenio en Universidad Autónoma de Nuevo León en el año 2000.ⁱⁱ

En ambos trabajos toca temas similares y a la vez complementarios. En la primera conferencia hace una reflexión sobre el estado de la Filosofía de la Educación en México. Verifica primero la existencia de filósofos de la educación en México y glosa el trabajo de éstos en diversos temas. Sin embargo, afirma la ausencia de un pensamiento educativo mexicano a pesar de la labor de ellos y plantea –replantea– preguntas esenciales a resolver para pensar la educación cuya respuesta toca la tarea del filósofo de la educación.

“Por importante que sea la obra de los filósofos y escritores mencionados debemos concluir sin embargo que no ha habido en México una tradición de Filosofía Educativa que haya producido un pensamiento acumulado y con continuidad, y consolidado instituciones especializadas para su estudio. ¿Quién discute hoy los fines de la educación mexicana? ¿Quién sigue desde puntos de vista filosóficos las transformaciones que requiere el sistema educativo, las instituciones formadoras de maestros, la profesión de profesor o el concepto de aprender, a la luz de la evolución de nuestra sociedad? ¿Quién señala las rupturas entre la cultura mexicana en continua transformación y el sistema educativo que permanece casi inerte a lo largo de las décadas? ¿Quién filosofa sobre los cambios que se dan y los que no se dan y debieran darse? Hay un enorme vacío de pensamiento en torno a la educación, un vacío que empieza donde termina la investigación educativa a partir de las disciplinas científicas.”
(Latapí, 2001 p. 5)

Por ejemplo, en esta hora difícil para el país mexicano, en la cual se insiste en señalar a la educación y sus deficiencias como un factor de las violencias que vivimos es necesario recordar como hace diez años Latapí señaló con claridad la ausencia de respuesta a preguntas cruciales para orientar y organizar la educación. Los fines de la

educación señalados en nuestras disposiciones legales y constitutivas, aceptados hace cien años, ¿siguen siendo válidos? ¿No hemos pensado nada más? ¿Las ciencias de la educación no aportaron en este siglo nada que tenga consecuencias para los fines educativos? Y sobre todo la idea aceptada y esperada de quién es el mexicano educado deseable ¿es la misma? Un ejemplo ayuda a poner en perspectiva la hondura de la ausencia de pensamiento educativo actual. El valor de la ley, el espesor de la cultura de la legalidad de los mexicanos, mexicanas ¿cuál es y cuál debiera ser congruente con una forma de vida democrática? Hemos documentado la violencia escolar pero no sabemos quién es ese violento “escolar” y por quién está acompañado en su casa y en su escuela, por qué hombres y mujeres, cultivados con cuál idea y valor de ley, respeto a la ley, recurso a la ley, conciencia de cualidades de la ley mexicana. Estas ausencias no se llenarán hasta que el pensamiento filosófico de la educación en México explore y contribuya a esclarecer estos temas pendientes.

Los valores no son cosas o conocimientos en los libros. Son el fruto en el consciente de los seres humanos, logrado mediante el proceso de reconocer la experiencia con la realidad y la realidad de los otros, y de la apropiación y estimación de los gustos, hallazgos y respuestas a preguntas personales en ese proceso. Si en el trato humano veo a mis congéneres apreciar el respeto, es decir tratar con lo que llamamos respeto a los demás, me surge la pregunta del porqué es así, porqué ese trato, y la respuesta será sencilla porque algo hay en el otro que vale mi acción respetuosa.

Por eso la cultura de la legalidad, el respeto a la ley, existe de la manera que hoy vemos en México porque “hablamos” de ley, “hablamos” de respeto a otros, “hablamos” de la fealdad de la corrupción y sin embargo, “hacemos” faltas a la ley, faltamos al respeto a la ley y preferimos (nos vale más) el camino corto de la “mochada” para trámites, arreglos y aun favores. Qué puede hacer la educación, ausente de fines actuales, frente a realidades de valores construidos por las personas concretas en las acciones, que son valores diferentes a los, vetustos y aun declarados “valores” mexicanos. Nada. Educar en valores como si fueran contenidos a aprender o memorizar es equivalente a nada. Latapí (2000, p. 60) nos dice:

“...la escuela mexicana ha abdicado desde hace mucho de su función formativa, por el peso de su tradición positivista casi no se ha ocupado de la formación integral de la persona (...) y además por una interpretación simplista de su laicidad y por temor a que la religión se cuele por la puerta trasera, ha relegado al silencio su objetivo esencial de formación moral”

La carencia de actualización de la idea y noción de laicidad es otro pendiente de la filosofía educativa en México. Se piensa de manera simple que laico es igual a ajeno a toda religión. En este punto Latapí se pregunta: ¿Qué hacemos con la conciencia de los educandos? Y ¿qué con la de los profesores? Y con el origen religioso de comunidades indígenas aun presentes y actuantes en el territorio nacional ¿qué decimos? La laicidad tiene una buena intención y una difícil precisión. Buena intención para no explicar con

magia lo que la ciencia puede explicar con razonamientos. Difícil precisión del límite de la conciencia moral. Por ejemplo: ¿Puede el Estado, por ser laico, mandar educar en un valor contrario a la fe religiosa del educando? Los profesores en este caso son ¿funcionarios del gobierno que manda y paga? ¿Son hombres libres y autónomos con pensamiento propio? O ¿son representantes de los padres de familia responsables de la educación? Otro pendiente valoral para el filósofo.

Aprender, aprendizaje, es un tema científico de la psicología y de la sociología. Quizá de la moral. Y ¿puede ser un tema del filósofo educativo? ¿No está todo dicho? Al menos en el caso de “valores” no sabemos casi nada sobre cómo se aprenden. La psicología tiene ideas y propuestas, no siempre capaces de explicar cómo se aprende un valor. La idea de “desarrollo moral” usada con éxito por Kohlberg y otros paraⁱⁱⁱ explicar cómo una persona transita de una dependencia casi total en cierta edad hacia una persona autónoma, capaz de hacer juicios morales no convencionales. La filosofía del acto educativo aun tiene pendiente profundizar en la epistemología congruente con la pregunta por el aprendizaje moral.

En 2001 Latapí afirmaba:

“Sin este pensamiento problematizador que formula preguntas e intenta responderlas, es decir sin una filosofía, nuestra tarea de investigadores queda incompleta y nuestra política educativa corre el riesgo de muchas lamentables equivocaciones.”

Latapí nos propone el ejemplo de Paulo Freire que sin ser filósofo en el sentido “duro” del término, intento y realizó una profunda problematización, una reflexión crítica de la cultura e ideas dominantes sobre la educación y estableció con claridad el efecto “domesticador” de una educación preocupada por los contenidos, la memoria y la sumisión y puso enfrente una educación “liberadora” que cultiva la conciencia crítica y política para “darse cuenta” del proyecto ideológico escondido en la educación capitalista, inequitativa y reproductora de las estructuras no humanas de la economía. A fin de cuentas una educación moral.

Final.

Hace unos días en la ciudad de Londres y otras ciudades se suscitaron actos violentos por parte de jóvenes de barrios menos favorecidos. David Cameron, primer ministro inglés para explicar esa violencia desatada dijo: “Irresponsabilidad. Egoísmo. Actuar como si los actos no tuvieran consecuencias. Hijos sin padres. Escuelas sin disciplina. Recompensas sin esfuerzo. Crimen sin castigo. Derechos sin responsabilidad. Comunidades fuera de control. Algunos de los peores aspectos de la naturaleza humana tolerados, consentidos – a veces hasta incentivados – por un estado y sus organismos que en parte han perdido literalmente la moral.”

¿De verdad hemos perdido la moral? A Cameron se le olvida el desempleo endémico que sufren esos mismos jóvenes, se le olvida la falta de oportunidades educativas por la

privatización de la educación. El trato juvenil, reprochable ciertamente, es congruente con el trato valoral que han sufrido. La sociedad y el gobierno inglés los trata como prescindibles y último lugar en la escala de preocupaciones. Ellos tratan a la sociedad y el gobierno como si fueran desechables. ¿Valores? Sí. Sumisión, dependencia, desprecio, indignidad y otros.

La conciencia moral comprende la percepción de los principios de la moralidad ('sindéresis'), su aplicación a las circunstancias concretas de cultura, tiempo, lugar y ubicación, mediante un discernimiento práctico de las razones y de los bienes, y en definitiva el juicio formado sobre los actos concretos que se van a realizar o se han realizado. En el terreno de lo moral el peligro es adoctrinar. La meta del indoctrinador es transmitir contenidos morales con el objetivo de que el educando los incorpore y ya no esté abierto: pretende darle respuestas y evitar que siga pensando. El educador tiene como meta *moral* que el niño y el joven piensen por sí mismos, que se abra a contenidos nuevos y decida desde su autonomía qué quiere elegir.

Educación en el terreno moral, sea en familia, escuela o comunidad, es fundamental para la autonomía de los educandos entendida como optar por aquellos **valores** que humanizan, que nos hacen personas y no otra cosa. El educador no tiene más remedio que transmitir con claridad aquellas ideas y saberes que él considera humanizantes.

¿Qué cosas humanizan? La tradición propone modelos de personas ejemplares y la imitación de su camino de humanización. Esta opción está llena de dificultades pues cada ideal de persona es hijo de su tiempo y del sueño de quien vive ese tiempo. Los valores y los bienes también humanizan. Los valores y bienes que respaldan a los héroes por ejemplo. Si miramos más allá de los ideales y captamos los valores y bienes que cada persona encarna y promueve a su modo, según las épocas y lugares, tendremos un marco de reflexión moral con el cual informar nuestra libertad: Educación en valores y bienes más que en modelos de ser humano.

Para volver a la conciencia moral: la intuición de Freire es valiosa guía: la formación de la conciencia supone pronunciarse ante sí, ante el otro, ante el mundo. Es concretizar.

Sin embargo, en un contexto turbulento tal como el actual, tres fenómenos, al menos, agudizan, sus efectos sobre la moralidad. El pragmatismo individualista, la precarización de los referentes o ejemplos y el adelgazamiento de los recursos culturales disponibles. La conjunción de estos fenómenos complica la educación moral y nos avisa de los pendientes que, para terminar, enunciaremos con palabras escritas por Pablo:

“de las finalidades de la educación y el del aprendizaje. El primero está hoy a debate no sólo por la invasión de las finalidades económicas y pragmáticas de la educación que desplazan otras finalidades, sino porque se replantean en nuevos términos conflictos antiguos en torno al perfil educativo deseable: individualismo vs solidaridad, información vs formación, intelectualismo vs educación de los sentimientos y sensibilidad a la belleza, pragmatismo vs pensamiento y lenguajes simbólicos,

formación teórica vs práctica, educación científica vs formación del carácter y valores morales, espontaneidad vs disciplina, competitividad vs colaboración, nacionalismo vs universalismo, identidad nacional vs identidades locales (“patria” vs. “matrias”); estos y otros conflictos revividos muestran que las finalidades de la educación siguen siendo tema predominante de la filosofía.” (Latapí, 2001 p. 3,4)

Muchas Gracias.

ⁱ Latapí, S. Pablo, “**Acotamientos a la filosofía de la educación en México**”. Conferencia magistral en el VI Congreso nacional de Investigación Educativa, Colima 1 -3 de noviembre de 2001.

ⁱⁱ Latapí, S. Pablo, “Valores y educación” Conferencia impartida el 23 de octubre de 2000 dentro del ciclo de conferencias magistrales Cátedra Fin de Milenio en la Universidad Autónoma de Nuevo León. Revista **Ingenierías** abril – junio 2001 Vol. IV, No 11, págs. 59 y sigs.

ⁱⁱⁱ “En realidad sabemos muy poco; las teorías pueden ser fascinantes pero ninguna cuenta con evidencias que nos convenzan de su validez, nos moveos en un terreno de hipótesis, arañando apenas procesos misteriosos” Ver Latapí, 2000, p. 63